

LIBRERÍA

ECONÓMICA

EDITOR-PROPIETARIO
DOMINGO URZUA CRUZAT

TOMO III

VOL. 29

CUENTOS

PARA NIÑOS GRANDES

POR

DANIEL BARROS GREZ



VEINTE CENTAVOS

SANTIAGO DE CHILE

Imprenta Económica, San Pablo 1157

1904

VOLUMENES PUBLICADOS

TOMO I

- 1.—Improvisadores chilenos.
- 2.—La Faja atigrada, por Conan Doyle.
- 3.—Poetas chilenos.
- 4.—La Chingana, por Daniel Barros Grez.
- 5.—Jatabech : artículos escogidos.
- 6.—La Corona de Berilos, por Conan Doyle.
- 7.—El Huaso Rodriguez, por V. Perez Rosales.
- 8.—Cuentos por Elgardo Poe.
- 9.—Lo que fué Copiapó, por V. Perez Rosales.
- 10.—Episodios nacionales, por V. Perez Rosales y José Joaquín Vallejos.
- 11.—Poesias de Salvador Diaz Miron.
- 12.—El Valdiviano, por Arturo Givovich.

TOMO II

- 13.—Un poco de charla, por Juan de D. Restrepo.
- 14.—La Litera Superior, por Marion Crawford.
- 15.—Leyendas de Gustavo A. Becquer.
- 16.—Artículos escogidos de Inocencio Conchali.
- 17.—Poesias de Plácido.
- 18.—El Mendigo, por José Victorino Lastarria.
- 19.—Enoch Arden, por Alfredo Tennyson.
- 20.—Arequipa, por Zorobabel Rodriguez.
- 21.—Napoleon (Episodios de su vida).
- 22.—El 19 de Setiembre (1.^a parte), por Roman Vial.
- 23.—El 19 de Setiembre (2.^a parte), por » »
- 24.—En el Abismo y los Mónstruos del Mar, por H. G. Wells

TOMO III

- 25.—Episodios Nacionales.
- 26.—El Carbunclo azul, por Conan Doyle.
- 27.—La Procesion de San Pedro, por Roman Vial.
- 28.—Tradiciones de Ricardo Palma.
- 29.—Cuentos para niños grandes, por Daniel Barros Grez.

Estos volúmenes se venden en las principales librerías de Santiago y se remiten francos de porte con solo enviar 20 centavos en estampillas por cada uno de ellos al *Editor de la Biblioteca Económica*, Santiago, Correo Central.

GRAN TORNERIA A VAPOR

Y TALLER DE

Recortar y Calar Maderas

de Julio Tixier

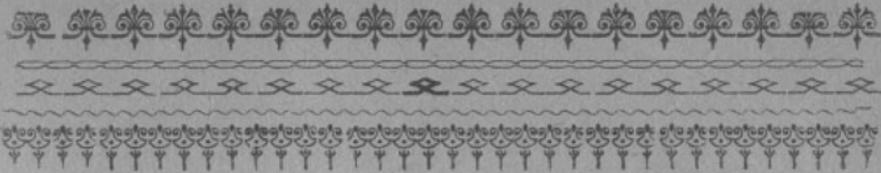
Unica Casa establecida en Santiago, esclusiva en estos ramos.

CONDOR 1380, entre Duarte y Nataniel - Santiago

Cuatro cuadras al Sur de la Avenida de las Delicias

TORNEOS—Completo surtido: columnas, perillas, balaustas para muebles i edificios; corbatones i demas piezas para muebles de asiento. Trompos i mangos de espino por grandes i pequeñas partidas. Patas álamo para mesas.

✻ Especialidad en Recortes y Calados de Maderas ✻



CUENTOS PARA NIÑOS GRANDES

entresacados de la obra de este nombre escrita

POR

Daniel Barros Grez

EL PROCURADOR COMPLACIENTE

Un honrado vecino de Lináres seguía en Santiago un juicio, de cuyo éxito dependía la futura suerte de su familia, y habiéndose resuelto á hacer los mayores sacrificios para ver modo de ganar su pleito, encomendose a uno de los mas honorables y famosos procuradores de la capital, enviándole su poder é instrucciones, en debida forma. A esto se siguió luego el envío de las sumas necesarias, pues segun decia el curial, nada habia mas indispensable que el dinero, para esto de *procurar*.

Cruzábanse las cartas, pidiendo, de un lado, la mayor diligencia posible, y protestando, del otro, que no podian ir mejor las cosas, pues casi todos los escritos obtenian del juzgado la providencia de: «como se pide». Al mismo tiempo, pedia el diligente procurador

que no escaseasen las remesas de dinero, pues la justicia era una cosa tan preciosa como los ricos metales, que para encontrarlos es menester gastar mucho tiempo y dinero, escarbando hasta lo mas profundo de la tierra. Convencido de esta verdad, el provinciano, hacia cada dia nuevos sacrificios, y no trepidó en gastar cuanto tenia, a fin de ganar su pleito, mayormente cuando su representante en Santiago era de parecer que las cosas iban de bien a mejor.

Llegada la época crítica, trasladóse el provinciano a la capital, con el fin de oír allí mismo su sentencia.

—Ha llegado usted mui a tiempo, le dijo el procurador, sobándose las manos, no sé si de satisfaccion, ó por estar entónces en lo mas crudo del invierno.

—¿Con que le parece a usted que ganaremos? le preguntó el litigante.

—Es indudable: ya he dicho a usted que mui pocas son las solicitudes que he hecho a las cuales el juez no haya proveido: «como se pide».

—Mas vale así.

—Es porque he empleado cierta táctica, prosiguió el procurador, a fin de estar bien con el juez.

—¿Cual es esa táctica?

—Despues la sabrá... Hasta otro dia; voi a ajitar el asunto... Pero se me olvidaba decirle... ¿trae mas dinero?

—He ahí el último que me queda, dijo el litigante, alargando la bolsa...

—Bueno, bueno... Mañana tendremos la sentencia...

—Al otro dia mui temprano apareció el procurador en la posada del cliente, trayendo unos papeles en la mano.

—¿Qué ha resultado? preguntó el provinciano, lleno

de emoción ¿que tal la sentencia?

—Magnífica, amigaso! contestó el curial, ajitando en el aire el manajo de papeles: aquí traigo la copia...

—Gracias a Dios que se ha ganado este pleito! exclamó el litigante, alzando sus ojos al cielo.

—No es que se haya ganado enteramente, replicó el procurador, sino que...

—¿Como?

—Le he dicho a usted que hemos salido bien, pero...

—¿Y?

—Pero hemos perdido el pleito.

—¡Por todos los santos! gritó el provinciano, apretando los puños de una manera que hizo tiritar al procurador. ¿Y a eso llama usted salir bien?

—No sea exaltado, hombre de Dios; déjeme concluir...

—Vaya; concluya pronto, porque estoi sobre ascuas.

—Es cierto que la sentencia es contraria; pero el juez le deja a usted su derecho á salvo para que siga gestionando en contra de quien corresponda...

—Brava ganancia, despues de haber gastado cuanto tenia en este maldito pleito...

—Pero, hombre, le interrumpió el procurador ¿le parece a usted poco esto de que le hayan reservado sus derechos para seguir peleando? Si usted quiere, hoy mismo entablamos un nuevo juicio, apoyándonos en esta sentencia, que es como encender un cigarro en el pucho de otro.

—Mientras tanto, el litigante leia detenidamente la copia de la sentencia, manifestando el mas profundo pesar.

—Pero, ¿no me dijo usted, preguntó al fin, que á todos nuestros escritos proveia el juez favorablemente? ¿Cómo es que así hemos perdido? ¿Donde está esa táctica de que usted me ha hablado?

—Si usted me hubiese dejado concluir, ya se lo habria explicado todo.

—Diga, no mas, hombre!

—Ha de saber usted que cuando entablé el juicio, descubrí que el contrario era amigo del juez. ¿Qué hice entónces? Yo tengo mucho tino en esto de los pleitos...

—Se conoce...

—No me interrumpa, y verá. Dígole, pues, que como el otro era mui compadre del juez, empecé a hacer los escritos a su favor...

—Y con que objeto?

—Ya lo va a ver. Esa es mi táctica. Yo queria estar siempre bien con el juez, y para conseguirlo, hacia por no contradecir jamas á su amigo.

—Ahora si que comprendo por que el juez ponía «como se pide» al pié de nuestros escritos.

—Ya ve usted que, agraviando a su señoria, nos habria ido peor.

—¿Y que hemos ganado con su táctica? Perder el pleito.

—Pero nos hemos ganado al juez, con nuestra condescendencia, hombre de Dios. No se le dé a usted nada; estamos bien puestos en el guzgado, y esto le servirá a usted maravillosamente para otro pleito. ¡Y todavia cree que es poco ganar!



EL JUEZ LADRON Y EL LADRON JUEZ

No he querido saber en cual de nuestras ciudades hispano americanas habia, ahora muchos años, un juez, el cual era un hombre de esos que no les piden tanto a Dios el que les dé, como que los ponga donde hai, quedando lo demas de cuenta de ellos, por que saben injeniarse maravillosamente para anular la distancia entre sus manos y las cosas ajenas. No por esto el tal Minos se tenia por un ladron: léjos de eso, vivia fieramente orgulloso de su honradez; porque, en honor de la verdad, debo decir que jamas rebajó su dignidad al extremo de ejecutar por sus propias manos ninguna sustraccion; y si bien es cierto que para esto se valia de otros individuos dirigidos por el, tambien lo es que todo lo hacia con el fin de ver hasta donde llegaba la sagacidad con que para tan difícil arte lo dotara el cielo.

A fuerza de contraerse al ejercicio de la oculta ciencia, adquirió tal astucia y finura, que jamas llegó á descubrirse nada que pudiera manchar su reputacion: por manera que siguió en su destino de juez, teniendo en su mano la vara de la justicia, convertida en el nudoso baston de Caco ó en el serpentifero caduceo del dios de las travesuras nocturnas. Protejido por la consideracion y el respeto que los demas le rendian, manifestábase aquel funcionario como el hombre mas honorable de lo criado; y en lo que tocaba a puntos de honor, no le cedia el paso a nadie, pues era por demas puntilloso y delicado, como ciertos gobernantes cristianos y timoratos, por ejemplo, que si son desleales, si mienten, si corrompen a los pueblos, si protejen

á los malos, si persiguen a los buenos... es solamente por razones de alta política, que los hombres de bien no alcanzan á comprender. Nuestro juez no era un político, sino un *artista*, que por amor al arte se entregaba á sus tenebrosos estudios: y debia ser mucha su modestia, por que es fama que nunca se le oyó hablar una sola palabra de sus progresos en la ciencia.

Pues, señor, en la misma ciudad cuyo nombre no he querido saber, habia un rico, que tenia un caballo de inestimable valor, y del cual jamas quiso deshacerse por ningun precio. El astuto juez vió el caballo, y se prometió á si mismo hacerlo pasar ocultamente á su poder, con el humanitario fin de vencer la terquedad de su dueño en no querer venderlo.

«¿A donde iriamos a parar, decia nuestro héroe, si nadie quisiese vender lo que tiene? Se acabaria el comercio, y la sociedad vendria por el suelo. Si, señor, es preciso castigar a este rico testarudo, alejando de su presencia ese bello animal».

Difficil era el negocio, por que el caballo estaba perfectamente custodiado, pero aquello era una cuestion de honor, en la que el arte no debia darse por vencido. A este fin llamó el juez a uno de sus mas diestros ayudantes, y prometióle una buena recompensa si sustraia el caballo, con toda la honradez y limpieza posibles, ofreciéndole ademas el librarlo de la sancion de la lei, dado caso de que fuese sorprendido.

Portóse el encargado tan dignamente, que a la siguiente noche desapareció el animal del lugar en donde dormia, como si hubiese tenido la facultad de volar por los aires como el Pegaso, o como la yegua Alborak, en que el Profeta Mahoma hizo su viaje a los cielos.

Todas las diligencias que el dueño del caballo hizo al principio fueron infructuosas para encontrarlo: pero bien pronto las sospechas de todo el mundo recayeron precisamente en el que habia servido de instrumento al juez, porque nadie ignoraba la clase de hombre que era. Y como el agraviado señor tenia influencia en el gobierno, consiguió poner en la cárcel al sospechoso.

Parece que una desgracia no es mas que el aviso de las que bien luego nos sucederán. Junto con entrar á la cárcel, supo el ladron que se habia capturado tambien a un compañero suyo que le ayudó en la expedicion nocturna; y empezó a temer mui de véras, porque en verdad que el dueño del caballo era poderoso y no se dormia en las pajas.

El juez creyó prudente visitar a su cómplice, para fortalecerlo.

—No temas, le dijo, entrando al calabozo.

—Pero, señor, replicó el reo ¿cómo me he de librar, en los interrogatorios, cuando mi compañero puede venderme?

—Yo te daré una industria: á todas las preguntas que se te hagan, no tienes mas que contestar con estas dos palabras: *no oigo*.

—Pero todo el mundo sabe que no soi sordo.

—¡Vean que inconveniente! No parece sino que fueras un niño de teta. ¿Hai cosa mas sencilla que ensordecerse cuando uno quiere?

Y si me preguntan por medio del azote? A esa manera de preguntar no hai sordera que se resista: tengo esperiencia, señor mio.

—Ya te libraré de la escalera... Repítote que no tengas miedo. Es preciso tener valor para estas cosas, por que el cobarde no pasa el rio.

—Ya sabe usted que soi valiente.

—Bueno. Y el caballo ¿donde está?

—Está en lugar seguro.

—Muy bien. Prudencia y discrecion; y sobre todo, debes tener firmeza para repetir las palabras que te he dicho. *No oigo* ¿Estas?

—Si, señor: *no oigo*.

—Aun cuando se te amenace con la horca, tu contestarás siempre lo mismo.

—Eso es, señor: *no oigo*.

—Prosiguióse la causa; pero con notable admiracion de toda la ciudad, el ladron se habia ensordecido hasta el extremo de no oír absolutamente nada. Preguntábanle algo y él contestaba:

—*No oigo*.

Presentábanle a su cómplice, ó bien le hacían ciertas señas para ver si las comprendia, pero él contestaba:

—*No veo*.

—He aquí que agregaba otra industria a la que le habia enseñado el ladino juez. En fin, fué imposible hacerlo aparecer convicto de su crimen, por lo cual el honrado majistrado se vió en la obligacion de sobreseer en el asunto, y poner en libertad al casi inocente reo. Cuando éste salió de la cárcel, llamólo el juez, y dándole mil parabienes junto con la recompensa prometida, le dijo:

—Te has portado como quien eres, hombre. ¡Qué firmeza! Pero ya ves que por hacerte bien y buena obra, me he espuesto a que la ciudad entera eche de ver la protección que te dispense. Ahí tienes el premio de tu trabajo: ahora ve a buscarme el caballo.

—*No oigo*, señor, contestó frescamente el ladron.

—¿Como es eso? ¿A mi me vienes con burlas, bellaco?

—*No oigo.*

—Pues estamos lucidos! Advierte que te enseñé esa contestacion para que la dieses cuando era preciso, ahora es otra cosa.

—*No oigo; no oigo nada.*

—Ya ves que te he dado la recompensa ofrecida.

—*No veo,* dijo el bellaco, guardando el dinero que el juez acababa de entregarle, y dando muestra de querer retirarse prontamente.

—Pícaro! tendras que cumplir lo pactado, porque sino...

—No oigo! no oigo! le interrumpió el ladino ladron, poniendo piés en polvorosa.

De esta manera el ladron se convertia á sí mismo en un instrumento de castigo. En cuanto al juez artista, quedóse allí sintiendo no poder vengar el vergonzoso chasco.

EL ESPANTAJO

Hai alguno, entre los que me hacen la gracia de escuchar este cuento, que no sepa lo que es un *espantajo*? Hai alguien que, al recorrer nuestros cultivados campos, no haya fijado su atencion en esos artísticos maniques, plantados por nuestros ingeniosos guasos, en medio de sus sembrados, con el fin de ahuyentar las aves dañinas? Apenas principia a desarrollarse el fruto de las huertas, y ya su dueño anda afanoso, buscando con que fabricar el *cuidador*.

—Mujer! mujer! dice á su *parienta* ¿has visto como los melones estan *cayendos* y los choclos *muñequardo*,

que es bendicion de Dios? Ya es tiempo de hacer el *espantajo* para los pájaros... Busca por ahí unos trapos viejos...

Poco despues, marchan ambos para la huerta; el marido con un palo alto en la mano, y la mujer con un atado de *útiles*, compuesto de lo mas inútil que el rancho encierra. Plántase el palo en el punto mas culminante del sembrado, despues de haberlo metido dentro de una pierna de calzon hecho pedazos, cuya otra pierna queda colgando a merced del viento, semejando en todo a la vacia pierna de un inválido. Un envoltorio de fajina forma la caja del cuerpo, el cual se envuelve en unas tiras, que, cuando vivian unidas, tuvieron el honor de llamarse el *fastan* de la señora; y a la altura de los hombros se ata en cruz una varilla flexible, para figurar los brazos, cubriendo todo aquello con unos jirones de poncho, de un color terro-indefinible. Por último, un manojo de pasto seco, encajado en la punta del palo, forma, con chape y todo, la cabeza, sobre la cual se pone, á modo de gorro, una vieja calceta del patron.

He aquí como el espantajo sale, lleno de vida, de aquel informe monton de trapos viejos y de basura, mismamente, cual bajo el cincel de Canova, solia salir una estatua, de un trozo de mármol. El guaso se retira entónces, sin quitar los ojos de su maniquí, miéntras éste se anima á impulsos del viento, que mueve las tiras de la vestimenta. La satisfaccion está pintada en los ojos del artista: es Zeuxis, contemplando por la primera vez su *Vénus*.

—¿Qué te parece? dice al fin a su mujer, despues de haber hecho el último jesto, ese jesto sublime con que el jenio aprueba su propia obra: ¿qué te parece, *hij*? ¡Que vengan los pájaros ahora!

—Solamente le falta la muleta, para que sea *ño Cucho* el Cojo, en mismita persona, contesta la mujer, dando una gran carcajada.

Tal fué la escena que, poco mas ó menos, pasó un dia, en uno de los vallecitos de la costa de Colchagua.

Mes y medio despues, cuando las sandias y los melones estaban *pintando*, empezó el dueño de la chacra á mirar de reojo a un vecino suyo, por habérsele puesto en la cabeza el mal pensamiento de que aquel hombre venia a robarle la fruta, todas las noches. Ya varias veces lo habia visto rondar en torno de la huerta, y aun asomarse por los portillos de la cerca, como para elejir de antemano las mejores sandias. Tales temores obligaban a nuestro *chacareiro* à pasarse las noches enteras sin dormir, rondando en torno de su sembrado, para ver si podia atrapar al ladron.

—Bueno! decia. cuando al venir el alba solia ir a recojerse, despues de su ronda nocturna: está bien; no he pillado al ladron ahora; pero si alguna noche de estas lo atrapo, prometo no dejarle hueso en su lugar.

Una noche que, como otras muchas, salió a dar su vuelta por la chacra, vió dentro de ésta un hombre, ocupado, segun le pareció, en escojer la mejor fruta.

—Pícaro bellaco! exclamó entre dientes: yo veré si te escapas ahora... Es el mismito *ño Cucho* el Cojo. ¿Por donde habrá entrado?... ¡Vean no mas como elije de la mejorcita! ¿No parece que le hubiera costado su sudor y trabajo? Pero yo le preguntaré luego cuantas son cinco!

Diciendo esto, penso poner en ejecucion su premeditado proyecto, para lo cual llevaba siempre un lazo en la mano; y miéntras hacia la *armada*, se fué arras-

trando, poquito a poquito, hacía el ladron, quien parecia no cuidarse del peligro en que estaba, pues léjos de ocultarse, seguia moviéndose, a vista de su enojado enemigo. Ya éste se habia aproximado bastante, cuándo le pareció que el ladron hacia un movimiento de sorpresa; y temiendo que se le escapase, arrojó sobre él la armada, y se lanzó corriendo hacía el rancho, donde estaba su mujer.

—Chepa! Chepita! le gritó: saca el candil, que aquí traigo al ladron a la rastra! Ven a ver, mujer, qué carita pone a la luz del candil! Los mas maduritos se estaba escojiendo el picaronazo!

—Aquí está la luz, dijo la mujer, saliendo del rancho, con un candil de sebo en la mano. ¿Cómo lo pillaste?

—Con el lazo... lo he traído arrastrando hasta aquí al bellaco.

—Jesus! talvez lo has muerto al pobrecito! exclamó la compasiva mujer: mira como no se mueve.

—¿Quién se ha de morir por tan poco? Esto no debe ser mas que aturdidura. Para que otra vez no se meta a robar melones!

—Déjame alumbrar.

Mas al acercarse la buena Chepa al ladron, soltó una estrepitosa carcajada.

—Por qué te ries? preguntó el marido, aproximándose.

—Mira lo que has hecho, hombre de Dios.

—¿Qué cosa?

—Que has traído al espantajo, en lugar del ladron, contestó ella, sin poder contener su risa.

—No digo yo, pues! exclamó el chacarero, medio avergonzado: por eso lo encontraba tan livianito.

—Pues está gracioso! Esto es lo que se llama armar el espantajo y espantarse de él!

EL GUASO EN SANTIAGO

Cierto guaso rico, recidente en la provincia de Colchagua, tenia en Santiago un hermano, cuyo fausto y vanidad eran el tema de las conversaciones de la capital, a diferencia del buen provinciano, que jamas pudo abandonar las sencillas costumbres de sus mayores. Ambos hermanos se querian con singular cariño, y cotidianamente estaba el santiaguino llamando al provinciano a la ciudad, para tener el placer de hospedarlo en su casa, y hacer al mismo tiempo, ostentacion de todas sus comodidades. Tenia ademas el vanidoso santiaguino una verdadera hambre de lucir ante su hermano sus altas relaciones sociales, su influjo con el gobierno, y todo cuanto constituye el orgullo de uno de esos hombres que se llaman *bien establecidos*.

Al fin convino el guaso en hacer el viaje; y despues de haber dictado al hijo mayor sus últimas disposiciones, por si moria en el camino, y de haber abrazado a su mujer é hijas, que llorando se despidieron de él, como si no hubiesen de verse ya, sino hasta el valle de Josafat, púsose en marcha para la capital, adonde, con el favor de Dios, llegó sin mayor lesion. Recibióle la familia de su hermano, con las mayores muestras de amor y de regocijo, alojándole en un cuarto rico y có-

modamente amueblado: y áun cuando el recién llegado decia que mas le gustaba dormir *á todo campo* tuvo que conformarse con las costumbres, y acostarse en un lecho mullido y lujoso que sus parientes le prepararon. Luego vinieron las comidas, que si bien le disgustaban al principio, se fué, poco a poco, acomodándose a ellas. Hasta aquí todo iba bien para el provinciano, y se habria reconciliado con la vida de *poblado*, si la maldita y estirada *política* como él llamaba al refinamiento social que allí veia, no le hubiese obligado a echar de ménos las cosas, maneras y gustos de su tierra.

En efecto, el santiaguino que queria dar á su inculto hermano una idea de la civilizacion y cultura adquirida por su familia, con el roce y trato de las jentes, empeñábase cada dia mas, en festejarlo con presentaciones, visitas, paseos, músicas y comidas, que casi volvieron loco, sino de placer, al ménos de fastidio é impaciencia al pobre colchagüino; nada acostumbrado a tales zarandajas. Los bailes, que duraban casi toda la noche, no lo dejaban dormir desde las oraciones, como era su costumbre. Dábase a mil demonios, con el dolor de sus callos, pues fué menester que aprecio-nase sus pocos educados pies, dentro de unas estrechas y brillantes botas de charol. Puesto de guantes, estaba como maniatado, pues de ese modo no podía ni aun sacar el pañuelo del bolsillo, sucediéndole mas de una vez el tener que limpiarse a manotadas ó con el faldon del frac, el sudor de la cara. Aquello era un verdadero martirio, una muerte a pausas. A cada rato era reprendido por sus lindas sobrinitas, ya por no llevar bien el paso (ó el tranco como el decia). ya por faltar a esta o aquella regla de etiqueta y buen tono, reglas que él entendia tanto como la gramática.

Y ésto era nada todavía: lo que mas le molestaba era que aquellas malvadas muchachas tuviesen que ver hasta con su estómago. A cada rato, le quitaban de enfrente el plato que mas le agradaba, por ser aquella comida grosera, ó bien le obligaban a beber licores que él aborrecia, diciéndole que debia acostumbrarse a las leyes de la moda y del tono.

—¿Qué me importa a mí el tono? esclamaba a veces nuestro provinciano, despues de haberse visto obligado á beberse una taza de café puro ó un vaso de cerveza, como quien bebe una toma de botica. Malditas bebidas! cuando habrá como un buen mate, y de cuando en cuando, un *gloriado*, que en mi casa los hacen de chuparse los labios!

—Pero, tío, por Dios, esas son bebidas de jente inculta...

—Bueno, pues! Y un buen ulpo ¿qué les parece? ¿han visto cosa mejor y *que haga mas buen estómago* que un ulpo caliente, en las mañanas frias de invierno, cuando...

—No hable eso, tío: ¿qué dirian si lo oyeran?

—Hijitas, no se canzen: yo no soi hecho para estas algarabías y mas me gusta comer lo que a mí me gusta, que lo que les gusta a los demas por pura moda.

Sin embargo, tío, es preciso que usted se avenga a las costumbres del buen tono...

—Déjense hijitas, de tonos y de *tomás*, que todo eso es bueno para esta pila de tunos que hai aquí en la *ciudad*... Les he permitido que me aparejen con estos atracados vestidos, y que me engrillen con estas botas, que es compasion como ando por esas calles de Dios, aquí caigo, allí levanto. Tambien paso por lo de los guantes, aunque es verdad que no puedo so-

liarme las narices, cuando los tengo puestos. Esto es herejia. En fin, en cuanto a cosas de poca monta, vaya con Dios: pero querer que pase toda la santa noche despierto, como quien vela a un muerto; que me acueste al canto de los gallos, y luego que en el dia no coma lo que mas me agrade, es querer matarme a pocos.

—Déjate llevar no mas, hombre de Dios, le decia su hermano dándole golpitos en la espalda. Yo era tan irreducible como tú; pero al fin estas mujeres me han amansado, haciendo de mi cera y pábilo.

—¿Que me deje llevar, como una mula al bebedero? No, hermano mio: yo no soi tan manejable, y temo ademas que ántes de llegar allá, me he de morir de hambre ó de malas noches. Ustedes no quieren que coma cuando tenga hambre, que beba cuando tenga sed, ni que duerma cuando me venga el sueño.

—Pero, hombre, hai sus horas para todo.

—Eso mismo digo yo, y no se por que diablos ustedes todo lo truecan: duermen de dia y viven de noche ¿Somos acaso pájaros nocturnos? Y luego me vienen con esos embolismos de enredadas *políticas*, que solo el diablo puede aprenderlas: ya estoi viejo para aprender a saludar, a comer y a estornudar a la moda. Quiero irme a mi casa, a vivir a mis anchas y quedese todo en paz; que, Dios mediante puedo agarrar la buena vida, como cualquiera de los mas estimados de estos ciudadanos. No negaré, prosiguió, que entre sus *políticas* hai tambien cosas racionales; y santo, y justo es que obliguen a seguir las a todo el mundo: pero de lo tonto y de lo inútil, abrenuncio, aunque sea moda. Ya sabes tú que soi y seré siempre como mi madre me parió, enemigo de tanta zarandaja y basura, con la

cual cargue el diablo para hacer llama a los condenados del infierno... No, sino métanme en estos ropajes atracados, como un cuchillo en su vaina, ó bien aparéjenme y acínchenme con estos tirantes, corbatines y guantes, y verán si corcoveo!

—Pues bien, hombre, ya que confiesas que hai algo de bueno entre nuestras costumbres, debes avenirte á esto siquiera, que en cuanto a lo demas...

—Así lo haria; pero soi libre acaso, para elejir? Este es el principal inconveniente que yo encuentro aquí. Yo soi amigo de la libertad y de la holgura, y dále que dále, con que he de vivir atracado y envuelto como un mazo de tabaco, que ni resollar a gusto me dejan. No por Dios! Es cierto que ustedes tienen cosas buenas; pero no por que sea bueno el grano, me han de obligar a que coma también la paja. Yo también entiendo la palabra de Dios; y aunque nada metido en estas honduras, no ando en cuatro pies, y sé adonde me apreta el zapato, principalmente desde que me he puesto estas botas endemoniadas, que me hacen casi saltar las lágrimas todos los dias, cuando voi a la plaza de ábasto a tomar una taza de chocolate...

—Tío! tío, por Dios! exclamaron las niñas. ¿Qué dice usted?

—Lo que oyen. Otras veces me desayuno con un pan y una buena troncha de queso, *para poder pitar*.

—¿Pero cómo tiene usted ganas de comer, ántes de almuerzo?

—Entónces es cuando tengo hambre, hijitas, por que despues de haber almorzado, se me quita toda la gana de comer.

—Pero si nuestras amigas lo vieran en la plaza, ¿qué dirian?

—Verian a un hombre de pelo en pecho, que uo les disgustaria para novio... Si, mis queridas sobriñas, yo no almuerzo en ayunas, porque me levanto con las diucas, y no como ustedes, que despiertan á mediodia.

—No podemos oponernos á la moda ¿para que nos hemos de levantar temprano?

—Vaya al diablo doña moda: yo como pan y queso, aunque no le guste a nadie, por que lo principal es que me guste á mi, no haciéndole con ello ningun mal á mi prójimo. Si la política ó el tono, ó como se llame, me ha de obligar á satisfacer mis necesidades al revés, renuncio á todo eso que ustedes llaman civilizacion, porque es una 'civilizacion bien cruel la que nos maltrata, contrariando nuestra naturaleza. Creo que he hablado como un libro; y miétras tanto, voi á arreglar mis trevejos para irme.

Diciendo esto, el provinciano arregló su viaje, y volvió á sus lares, bastante fastidiado de las *políticas* de Santiago, como decia.

EL ARREPENTIMIENTO DE UN PENITENTE

Voi a contar ahora uno de los cuentos con que mi buena abuela me hacia dormir, cuando era niño, deseando que no le suceda lo propio al oyente discreto que me escuche.

Arrodillado un hombre a los pies de un sacerdote, estaba confesando sus culpas, con la mas edificante humildad, cuando se calló de repente, como si hubiese tropezado con un pecado nada leve.

—Dí no mas, hijo mio, dijo el padre: no tengas miedo. Sabe que la bondad de Dios es mas grande que la maldad de todos los hombres juntos.

—No es eso, padre, contestó el penitente, sino que estaba dudando si seria o no pecado lo que se me acaba de venir a la memoria...

—De todos modos, nada se pierde con que me digas eso...

—Es el caso que... pero le aseguro a su paternidad que me he visto en la necesidad de hacer esto...

—Habla sin temor alguno, hijo mio.

—Se me hace mui cuesta arriba decirlo: yo no sé por qué, padre.

—Pues yo lo sé, contestó sonriendo el sacerdote: es porque eso debe ser un gran pecado. Si no fuera, no se te atascaria en la garganta. Pero es menester no ocultar nada.

—Vaya, pues, lo confesaré, puesto que es preciso, murmuró el penitente, haciendo un esfuerzo: sepa su paternidad que tengo un vecino mui porfiado...

—No te confieses de las faltas ajenas, hijo, sino de las propias.

—Allá voi, mi padre. Este vecino es compadre mio, y por esta razon debia tener mas miramientos conmigo; pero nada de eso: todos los dias estan sus animales dentro de mi propiedad, y comen de mis pastos, como si no...

—Ya te digo que no debes acusarte del mal que otros hacen, sino de las faltas que tu hayas cometido. Al grano, al grano.

—Eso es lo que voi a hacer, padre mio. Un dia que los animales de mi compadre andaban rondando en torno de mi casa, tentóme el diablo; enlacé una vaca gorda, y la maté...

—Es decir que te has robado una vaca gorda.

—Padre mio, yo no habria hecho eso, sin el descuido de mi compadre: él tuvo la culpa; i puedo decir que con dejar sueltos sus animales, me indujo á...

—Pero el hecho es que robaste la vaca ¿no es cierto? preguntó el confesor.

—Asi parece, padre, contestó el otro, sin darse por convicto de su pecado.

—Y no sólo parece, sino que es un robo, y el robo es un gran pecado, hijo mio: por manera que es menester arrepentirse de corazon, para...

—Ya estoi mui arrepentido, le interrumpió el penitente.

—Ademas debes restituir...

—Oh, padre mio! ¿Es de absoluta necesidad la restitucion?

—Tan necesaria es, que si no me prometes devolver la vaca robada, no tè absuelvo.

—Pero ¿como podré devolver el animal, cuando me acuerdo mui bien, de que me lo comí con mi familia?

—Dando otro igual a tu compadre. ¿Lo prometes?

—Vaya, pues, padre mio, dijo el penitente, lanzando un suspiro. Lo prometo, si ello es necesario para mi salvacion.

—Está bien, hijo, y con esta condicion voi a absolverte; porque sino hicieses la restitucion, no habria perdon para tu alma. Aun cuando ocultases tu delito de la vista de los hombres ¿podrias hacerlo de la de Dios? Considera, hijo, prosiguió el buen padre, con el fin de hacer mas honda impresion en el ánimo del rudo penitente: considera que, tarde o temprano, ha de llegar el dia del juicio final, aquel dia en que han

de aparecer, como un espejo, todos los pecados de los hombres. Si ahora no pagas lo que debes a tu compadre, verás aquel día terrible, aparecer la vaca corriendo y saltando por el valle de *Josafat*, y acusándote, al mismo tiempo, con sus tremendos bramidos...

—Ah! mi padre! interrumpió el penitente ¿no estará también allí mi compadre en aquel día?

—¿Quién lo duda?

—Pues entónces, cuando vea venir su vaca, le diré que se la lleve, y negocio concluido.

—Diciendo esto, se levantó, creyendo que ya el confesor lo habia absuelto, y se retiró, con la firme resolución de pagarle la vaca a su compadre, allá en el día del juicio final.

EL CURA Y EL SACRISTAN

El cura de mi parroquia tenia costumbre de predicar semanalmente, sobre la obligacion de pagar diezmos y primicias; y como entre los vecinos hacendados del lugar habia algunos inexactos en cumplimiento de tal deber, el buen párroco pensó que ello seria talvez por que su presencia no les haria bastante efecto. El cura era hombre de recursos, y se dijo a sí mismo:

—«Estos desalmados, sin conciencia no hacen caso de mis palabras, por que me creen interesado. Pues bien, yo haré que otro les hable por mí, en el púlpito».

A este fin, hizo correr la voz de que habia llegado a la parroquia un predicador famosísimo; y vistiendo a su sacristan con una de sus sotanas viejas, lo mandó subir al púlpito. Habíanse reunido casi todos los feligreses, deseosos de oír al nuevo predicador, de cuya boca esperaban la mas instructiva de las pláticas. En cuanto al pobre sacristan, no sabia lo que le pasaba, y sin atreverse a decir *esta boca es mia*, no hacia otra cosa que toser y limpiarse el sudor de la cara, con su pañuelo, el cual guardó y volvió a sacar una y cien veces, atacado por la tos, que no le dejaba principiar.

Pero el señor cura estaba prevenido, y suplió la falta de elocuencia del predicante momia, acomodándole, por entre las sotanas, un largo tubo de hoja de lata, de manera que ocultándose detras de él, podia hablar por boca de ganso á sus sencillos feligreses, sin qué éstos lo echasen de ver.

—La plática fué, como siempre, sobre el pago de las primicias, fulminando terribles amenazas contra los que no cumpliesen con tal obligacion. Miétras el cura hablaba por el tubo de lata, el sacristan movia sus labios, accionando de módo que sus brazos parecian áspas de molinos de viento. Era mucho el fuego oratorio de aquel hombre: por manera que algunos de los mas remisos prometieron pagar, no solo las primicias de ese año, sino tambien las que habian olvidado anteriormente. Solo uno que otro manifestaba no estar convencido todavia.

—Compadre, decia un cosechero, saliendo de la iglesia, a un amigo suyo: ahora creo lo que nuestro cura nos ha dicho siempre. Ya ve usted que este otro predicador es de la misma opinion.

—Pues yo todavía tengo mis dudas, compadre, dijo el otro.

—¿Por qué?

—Porque si le he de decir la verdad, mui santo será este predicador nuevo; *¡pero se parece tanto en la voz al señor cura!*

LA PAILA PARIDA

Poco ántes de la espulsion de los jesuitas, vivia en Santiago de Chile un hombre que, como suele decirse, era de mui buenas partidas, mui cristiano y mui amigo de servir al prójimo en todo aquello que es debido. Tenia por nombre don Inocencio Bobadilla, y moraba, pared por medio, con un compadre, á quien queria de corazon, llamado Don Policarpo Rapiña. Entre los muebles que Bobadilla habia heredado de sus padres, encontrábase una gran paila de cobre, que por la pureza del metal y por el primoroso trabajo de la obra, la estimaba su dueño grandemente. Y tenia razon, porque en efecto, era la paila una obra maestra del arte, por lo cual Don Policarpo ardia en codiciosos deseos de poseerla, sin haberlo podido conseguir jamas.

Pues, señor, aconteció un dia en que Rapiña pidió prestada la bonita paila á su compadre, para no sé que menester; y como éste era un hombre servidor, se la proporcionó con la mas cordial franqueza, encargándole solamente que la cuidase con esmero, pues estimaba aquel mueble como á las niñas de sus

ojos. Prometióle así Rapiña, y se llevó el tiesto a su casa diciendo que lo devolvería ántes de dos semanas.

Aun no habia espirado el plazo, cuando el solícito Rapiña volvió a casa de su compadre, trayéndole la paila, dentro de la cual venia una pailita pequeña que, según parecia, era del propio material y de la misma forma que la mayor.

—Compadre, dijo Bobadilla, viendo multiplicada su paila: ¿qué significa este otro tiestecito que viene dentro?

—Eso significa que su paila parió en mi casa, contestó con mucha flema Don Policarpo.

—¿Qué es lo que dice? preguntó admirado Don Inocencio.

—Lo que oye, compadre. Admírome de que siendo usted un hombre de esperiencia, no sepa que tambien las pailas paren en llegando a cierta edad.

—¡Mientras mas se vive mas se vé! exclamó Bobadilla, sin saber que pensar de lo que estaba viendo.

—Así es, prosiguió el otro, con la mas serena gravedad: en mi casa tengo un pailo de la misma casta que la paila de usted, y a esto se debe la existencia de esa pailita que, si se fija usted bien, observará cuan parecida es a la madre.

—Es verdad que tiene mucha semejanza, dijo don Inocencio, tomando en sus manos el pequeño tiesto de cobre y dándole vueltas, como para cerciorarse de si era ó no verdad, lo que veia. Es cierto, prosiguió, que se vé claro en esta pailita el aire de familia... Solamente que las orejitas son mui pequeñas, agregó con candidez.

—Es por que está nuevecita todavia; pero déjela usted que crezca, y verá como se le alargan las orejas,

ni mas ni ménos como le ha sucedido a la madre, a usted, a mí y a todos los cristianos que, cuando somos niños chicos, apenas se nos conocen las orejas, y en siendo niños grandes nos van creciendo hasta el extremo a veces, de parecer alitas de ángel.

—Este hombre está loco pensó para sí don Inocencio, dando a entender al mismo tiempo, que pasaba por todo cuanto su compadre le decia. Está bien, dijo, dirigiéndose a Rapiña: me felicito de poseer una paila tan fecunda. Y como yo soi su amigo y nada tengo reservado para usted, cada vez que haya menester de la paila no tiene mas que venirla a buscar.

—Dios se lo pague compadrito; no esperaba ménos de su amistad, contestó el otro despidiéndose de su amigo.

Algunos dias despues, ambos compadres se encontraron, y Bobadilla preguntó a Rapiña si no necesitaba la paila, manifestándole de nuevo que tendria mucho gusto en prestársela. Pero don Policarpo contestó que no la necesitaba todavia.

De esto modo prosiguió don Inocencio haciendo cada vez nuevos ofrecimientos a su querido compadre, hasta que al fin este le dijo:

—Ya es tiempo amigo mio, de que le cobre la palabra por que tengo que hacer una *jritanga* considerable, y no es bastante mi pailo para esta obra.

—Pues ahí está mi paila compadre. Mándela usted llevar sin cumplimientos.

—Lo haré mañana sin falta.

—Pero le advierto compadrito, que la paila está preñada de nuevo, dijo don Inocencio, quien queria sacar partido de lo que él llamaba simpleza o locura de su compadre.

—Nada tiene eso de estraño, contestó el buen Rapi-

ña con mucha calma, pues cuando le llevé la paila, talvez iba embarazada y no lo conocí... ¡Son tan fecundas las pailas, compadre de mi alma!

Maravillábase don Inocencio de lo que oía; pero como todo tonto llega al fin a creer hasta las cosas mas imposibles con solo que halaguen su vanidad ó su interes, se dijo a sí mismo: ¡quién sabe si Dios permite para mi bien la locura de este hombre! De todos modos, ya sea que paran o no paran las pailas, a mí nada me importa, con tal que lluevan pailitas en mi casa.

El tiesto pasó al otro dia a casa de Rapiña, quien la empleó en sus menesteres; y cuando don Inocencio esperaba cándidamente verlo aparecer con una nueva cria, vió llegar mui ajitado a su amigo.

—¿Qué sucede, compadre? le dijo.

—Una desgracia imprevista, contestó don Policarpo limpiándose el sudor de la cara. Bien conoció usted compadre, que la paila estaba en cinta...

—Por supuesto: como ya voi adquiriendo esperiencia en la cria de tiestos...

—Así debe ser. En cuanto conocí que la paila estaba al parir, empecé a cuidarla con esmero.

—Bien hecho... ¿Y?

—Pero apesar de mis cuidados, la paila se ha muerto del parto.

—Está usted loco, compadre? preguntó don Inocencio, entre formal y risueño.

—Nada ménos que eso: la cosa pasó como se lo digo. Y lo peor es que ni muerta podré devolverle su paila, porque se enfermó anoche, y la hemos encontrado esta mañana toda comida de perros, que daba compasion verla...

—Basta de chanzas, compadre.

—Y sólo ha quedado el esqueleto.

—¡Oh! Eso es ya...

—Huesos, puros huesos, compadre, que para nada sirven.

—¡Oh! ya vá largo para burlas! exclamó don Inocencio, amostazado hasta las orejas.

—Esto no es burla.

—Mándeme pronto mi paila, que la he menester... Yo le devolveré su pailita chica y acabemos esto. ¿Cree usted que yo soi un tonto?

—Ya le digo que se ha muerto; ¿como puedo resucitarla yó?

—¿Y sigue usted con la misma cantinela? Yo no permito que se burlen de mí.

—No me burlo.

—¿Y piensa usted que he creído sus mentiras?

—Sin embargo, usted aparentó creerlas al principio, replicó Rapiña, mirando maliciosamente a su amigo, con cierto meneito de cabeza, capaz de encolerizar á cualquiera.

—¿Qué? ¿yo he creído? ¿No vió usted que lo hacia por seguir la broma?

—Usted no me engaña a mí compadre. Si ántes creyó que las pailas podian parir ¿por qué no cre ahora que puedan morirse del parto? Quien está a lo favorable tiene que estar a lo adverso, compadre... No se enoje.

—¡Que no me enoje, y me roba mi paila! gritó don Inocencio enfurecido hasta la punta de los cabellos. Ya le he dicho, prosiguió, que de mí no se burla nadie: así le advierto que si no me entrega hoy mismo mi paila, lo demando.

—Haga lo que le parezca; pero yo le puedo probar con diez testigos que usted mismo me ha di-

cho que la paila estaba preñada. Hasta otro dia com-
padre.

Diciendo esto, saludó y se fué.

Don Inocencio no se atrevió a entablar el pleito,
y perdió su paila, quedándole en cambio un pequeño
tiesto, que despues descubrió ser de barro cubierto con
limaduras y teñido de color de cobre.

EL CABALLERO DE SANGRE

Hai hombres que, sin otro mérito que un ilustre
apellido, se creen merecedores de toda clase de atencio-
nes; y en vez de ser *caballeros*, solo se curan de pa-
recerlo. Pues voi a contar lo que a uno de dichos
señores le pasó un dia, con cierto guaso de mi tierra.

Era aquel un mozo emparentado con una de las
principales familias de Santiago, el cual despues de
haber dilapidado su herencia, se habia hechado a bus-
car por esos mundos una esposa rica, con el fin de ha-
cer fortuna a costa del porvenir de una mujer. Pretes-
tando cierta compra de bueyes o de terneros, se pre-
sentó cierto dia en casa de un guaso rico, dueño de
dos haciendas y padre de una lindísima niña, que
nuestro mozalvete habia elegido por víctima de sus
rentísticos deseos. Llegar a aquella casa y poner ma-
nos a la obra fué todo uno, para el noble pretendien-
te. La niña era un ángel, las haciendas mui producti-
vas, y el guaso parecia un pobre hombre; ¿cómo no
aprovechar la ocasion? Y como él creia que el bueno
del padre no sabria resistirse ante el honor de tener

por yerno a un hombre de sus antecedentes. solo esperó dos o tres dias para hacerle la propuesta,

—Lo veremos, señor mio, contestó el guaso meneando la cabeza.

—¿Cómo? replicó el mozalvete. ¿Dice usted lo *veremos*? ¡Vaya una flema!

—Si, mi señor, porque...

—¡ Y puede usted dudar ante la oportunidad que se le presenta de ennoblecer a su familia, admitiéndome en su seno? ¿No conoce usted a mi familia?

—Si la conozco.

—Pues bien, ya vé usted que por mis venas corre sangre ilustre: si usted me admite por yerno, mañana tendrá su hija mil envidiosas entre las muchachas de esta aldea.

Amostazóse un poco el guaso al ver la presuntuosa petulancia del pretendiente. Pero aunque era hombre basto, supo dominarse y se contentó con decirle:

—Vea usted señor, yo entiendo poco de sangre azul y de alcurnias. No son esas las cualidades que deseo para mi yerno, sino de honradez y laboriosidad. Así es que estoi resuelto a casar a la muchacha con el hijo de mi compadre Pancho, el molinero que es un mozo de mui buenas prendas...

—Está usted loco?

—✓ de mucha cristiandad, y trabajador...

—Pero hombre, usted a perdido el juicio.

— Y que sabe como un libro, pues el muchacho ha tenido ocho años de estudio...

—¡Sacrificar a esa hermosa niña, uniéndola a un pobre diablo...

—Y como los muchachos se han criado juntos, y se quieren a morir...

—Pero despreciarme a mí por el hijo de un patan!

—Yo creo que cumplo con mi conciencia, casándolos. ¿No le parece?

—Lo que me parece es que usted se ha convertido en el verdugo de su hija, oponiéndose a su elevación, a su ennoblecimiento, a su felicidad, a su...

—Así será señor, interrumpió el guaso; pero cada uno se apea por donde le conviene... Si usted quiere honrarnos con su presencia, lo convido para el matrimonio de la niña. Mientras tanto, vamos a la mesa que ya nos vienen a llamar a comer.

Así era la verdad. Durante la comida, el pretendiente que no perdía completamente la esperanza, se esmeró en manifestar las ventajas que reportaría la niña, con emparentarse con una familia encumbrada; y aun es fama que la señora madre escuchaba atentamente las palabras del joven. Pero el padre no hacía más que sonreirse de cuando en cuando, con esa malicia característica del guaso chileno, cuando está proyectando una jugarreta.

—Dígame usted señor, preguntó de repente a su huésped: le gustan a usted los melones?

—Oh! amigo mio, me muero por ellos: es mi fruta predilecta.

—Me alegro mucho, porque tengo aquí una huerta (que he sembrado por mi mamo), toda ella de semilla escojida. Voi yo mismo a elejir un par de melones para que tomemos por ser fruto de mi trabajo.

Diciendo esto salió de la pieza, y al poco rato volvió con dos melones de mui buena apariencia. Partiólos en seguida, y poniendo un pedazo de uno de ellos en el plato de su huésped, lo invitó a comer, mientras él mismo se servía del otro melon y daba el

ejemplo con una franqueza y simplicidad dignas del siglo de oro.

Probó el huesped la fruta: mas no pudo ménos de hacer un jesto parecido al que el lector haria, al morder un pepino verde; y miró con tantos ojos al dueño de casa, quien se saboreaba sensualmente, con las grandes tajadas que se hechaba a la boca.

—Tome usted mi señor, decia al mozo. ¿No me ha dicho que el melon es su fruta favorita?

—Eso es cuando el melon es bueno, contestó éste, medio enojado por parecerle que se estaban burlando de él,

—Pues éste está delicioso replicó el patron, engulléndose otra tajada.

—Yo no digo que no; pero este otro de que usted me ha servido a mí está malísimo.

—Sin embargo, la semilla es escojida por mi mano, y le juro a usted que ambos melones son de la misma mata.

—¿Y de ahí deduce usted que ambos melones han de ser buenos? Pues es gracioso el amigo! No por que me gustan los melones, ha de creer usted que busco los pasmados y desabridos, ni por que usted haya sembrado buena semilla, dejará de cosechar algunas piezas malas. Soi mui aficionado a esta fruta; pero en lugar de comer de los primeros que se me presentan, elijo los buenos y desecho los malos, aun cuando unos y otros se hayan criado en la misma guia.

—Pues lo que á usted le pasa con los melones me sucede con los hombres, le contestó al oido el dueño de casa. Jamas me acuerdo de la semilla para elejirlos. Me quedo con los buenos y desecho los malos, aun cuando unos y otros se hayan criado en la misma mata.

LA TERNA

Para proveer un destino judicial, pasósele una vez una terna al gobierno; mas el presidente de la República, no sé si por que no leia mui bien, o por que era corto de vista, tomó el papel patas arriba; y apuntando con el dedo el último nombre de la lista, dijo a su ministro:

—Estiéndasele el título a este, que es el que viene en primer lugar.



Nuevos Suscritores

Santiago.—Señores: Rafael Casanova Zenteno, diputado, Delicias 1694, un año.—Juan Rogget, farmacéutico, San Pablo 3296, seis meses.—José A. Onel, Mercería, San Pablo 3227, un trimestre.—Luis Barahona Novoa, dentista, Huérfanos 1573, un año. Zacarias Escobar, mueblista, Teatinos 92, un trimestre.—Fernando Zúñiga, zapatería, Estado 75, un trimestre.—Jerman Prado, corredor de comercio, Monjitas 845, un semestre.—Agapito Martín, sastrería, San Diego 298, un trimestre.—Federico Castro Carrasco, Droguería, A. Prat 1098, un trimestre.—Rafael Fuenzalida, Hojalatería y gasfituría, San Diego 950, un trimestre.—Belisario Andrade, Droguería, San Diego 591, un trimestre.—Francisco A. Hernández, Carnicería, Merced 395, 3 meses. Pedro Espinoia, Zapatería, Rosas 960, un trimestre.—Ernesto Martínez, Droguería, Agustina esq. Cienfuegos, un trimestre.—Domingo Cabrera, Zapatería, Compañía 1077, un semestre.—Francisco García, Peluquería, San Pablo 1489, un trimestre.—Ismael Sandoval, Botería “La Moda”, Merced 802, un trimestre.—T. de P. González, Sastrería, Santo Domingo 940, un trimestre.—Pascual A. Rodríguez, Zapatería, 21 de Mayo 697, un trimestre.—Daniel Chávez, Peluquería, San Pablo 3260, un trimestre.—Emeterio Covarrubias, Carnicería, Delicia 49, un trimestre.—Benjamin Montero, Abastero, Serrano 297, un trimestre.—García é Isla, Sastrería, San Diego 314, un trimestre. Julio Tixier, fábrica de maderas, Cóndor 1380, un año.—Horacio E. Acuña, Fábrica de sommiers, Moneda 1507, un semestre.—Amador Azocar, Carpintería Prat 661, un trimestre.—Enrique Villarroel, farmacéutico, San Diego 211, un año.—Roberto Boza, mecánico, Rosas 1015, un semestre.—José Delgado, Carnicería, San Francisco 120, un trimestre.—Arsenio Romero, Zapatería, San Diego 562, un trimestre.—Salvador Yates, dentista, Delicias 884 un trimestre.—Francisco Barahona, Carnicería, San Francisco 95 un trimestre.—Abraham López, Carrocería, Compañía 2470 un semestre.—Ejidio Navia, Sastrería S. Diego 118-120, 1 año.—Nicanor Mesias, Colchonería, San Diego 137, un trimestre.—Luis Montero, médico, Prat 309, un trimestre.—Marcelino Galvez, Mueblería, Prat 467, un trimestre.—Ra-

fael Castillo, Ministerio de relaciones, un trimestre. — Juan Tapia Acevedo, Peluquería, San Diego 917 un trimestre. — Eduardo García, Carnicería Central, Nataniel 102, un trimestre. — Mercedes de Valenzuela, Sombrerería «La Parisiense», San Diego 260, un trimestre. — Ramon Cabrera, «Mueblería Moderna», San Diego 31 un trimestre. Manuel F. Villarroel, Sastrería, Agustinas 1025, un trimestre. — Gabriel Bustos, Almacén, San Diego 198, un trimestre. — Elis Cavieres, Peluquería, A. Matta 977, un trimestre. — Hermosilla Hnos, Almacén, Huemul 1008, un trimestre. — Pablo Kastler, modisto, Delicias 1356, un trimestre. — Nicanor Jimenez V., Escanilla 565, un trimestre. — Alberto Poblete Garin, Imprenta Mejia, Nataniel 65, un semestre. — Adlina Nuñez, matrona, Nataniel 170, un trimestre. — Federico Gome, corredor de comercio, Cochranne 1030, un semestre. — Dario Aguilár, Cigarrería, San Diego 677, un trimestre.

Quillota. — Señor Carlos Newman, dos años.

Valor de las suscripciones

Por un año (24 cuadernos).....	4 pesos
Por un semestre (12 cuadernos)	2 „
Por un trimestre (6 cuadernos)	1 „

LA PUBLICACION APARECE CADA QUINCE DIAS

Dirijirse a Domingo Urzúa Cruzat; Santiago, Correo Central.

Suscripciones a esta publicacion

se reciben en la librería de J. Nascimento, Estado 265, y en la Imprenta Económica, San Pablo 1157.

Los reclamos deben hacerse por correo dirijiéndose al Editor, o personalmente en la Imprenta.

LIBROS EN VENTA

Articulos escogidos de Juan de Dios Restrepo (Emiro Kastos), flamante, 414 plájinas en cuarto, con el retrato del autor, en 7 pesos.

Miscelánea de Lastarria.—Libro muy escaso. Tres tomos pasta de tela, en 12 pesos.

Dirijirse a Domingo Urzúa Cruzat, Santiago, Correo Central.